CAPITULO IV

De la renuncia que de lo garbeado en su Alcaldía hizo Tragaldabas y de su pronto arrepentimiento.

Durmieron lindamente en la posada caballero y escudero, y ya por la mañana encamináronse á casa del Notario de la Villa que, pluma en ristre, estaba en su escritorio para dar fe de todo lo que viese y oyese, y también de lo que nó, esto último mediante el pago del doble del Arancel; el cual Notario, apenas vió llegar á aquellos dos personajes, se puso á disposición de ellos para prestarles sus servicios; y como oyese de Tragaldabas el acta de dejación que quería hacer á favor del común de su pueblo, de todos sus bienes ganados en la Alcaldía, se maravilló mucho; pues era el primer caso que se le presentaba, é hizo varias preguntas al otorgante, para averiguar si estaba ó no en su sana razón; mas, hallando que en todo contestaba acorde, extendió el acta como deseaba y le dió una copia, en papel sellado, para que la hiciera valer donde le conviniese.

Cobrados sus honorarios y cuando iban á marcharse cliente y acompañante, preguntó el Notario que si podía saberse la causa de aquella determinación; pues era lo primero y único que había visto y oido; y si obedecía á temor de la justicia, ó á consejo de sacerdote ó Prelado; pero Tragaldabas, con muy sencilla manera, dijo que nó, y que todo consistía en que él quería ser escudero de un caballero andante llamado D. Quijote de la Mancha, y éste no le admitía sin que lavara en su persona aquella mancha que por toda España hallábase tan extendida.

Cuando el Notario oyó esto, comprendió que el otorgante Pedro Bartola tenía enredado el ovillo de los sesos y que había hecho mal en dar fe de que estaba en su cabal juicio; pero, como ya no había remedio, volvió á preguntar qué iba ganando aquél con ser escudero de caballero an-

dante, para renunciar á toda su hacienda, bien ó mal adquirida.

Déjame á mí lo explique al Sr. Escribano, dijo D. Quijote terciando en la conversación. Sabed que más vale ser, al revés de lo que se piensa, cola de león que no cabeza de ratón, y que yo soy ese D. Quijote de la Mancha, al cual ha venido atraído este maese Bartola, para purificación de su conciencia, salvación de su ánima y encumbramiento de su persona: porque sabiendo que á otro escudero mío le dí un Imperio há poco, el estímulo de recibir otro y saltar al goce de una corona bien ganada, le hizo aborrecer lo mal adquirido; y este es otro de los beneficios de la andante caballería, de que quiero deis fe.

Con este breve razonamiento se persuadió el Notario de que el loco principal era aquél, que hasta entonces había callado, y que el otro era un loco accesorio, hecho por la mayor locura del primero; y, temiendo que entre los dos le volvieran también el juicio, no replicó nada y les acompañó á la puerta, donde muy finamente se despidieron.

Vueltos á la posada, Tragaldabas puso en un sobre la copia de la escritura notarial, y la dirigió á su mujer con una epístola explicativa para que entregara el documento al Alcalde accidental del pueblo, á fin de que de él diera cuenta en el Concejo. En la carta á su costilla decíale lo que pasaba, y que hiciera entrega al Concejo de la casa, huerta, secanos, viñas y coto, y no temiese, que hambre que espera hartura no es hambre ninguna, y él esperaba nada menos que un Reino ó Imperio, del Sr. Don Quijote de la Mancha, que ya había dado otro á Juan Panza, como era público y notorio.

Echó el pliego al correo, bien sellado y certificado, y entonces D. Quijote le dijo que de allí fuera á la Catedral que estaba enfrente y se arrodillara, confesase y comulgara y volviese limpio del todo con la absolución de cura habilitado para ello; porque él no se creía con facultades de atar y desatar las cosas del alma, ni de limpiar lo de adentro, sino lo de afuera: á lo que Bartola, sumiso, se encaminó

al templo aquel y volvió á poco rato, diciendo que ya lo había confesado todo y estaba limpio como una patena y que el cura le había echado de penitencia ayunar á pan y agua diez lunes, en castigo de haber tragado á placer diez años.

A lunes por año no es mucho, dijo D. Quijote; pero no habrás de esforzarte para cumplir esa penitencia, que más de diez lunes y de diez martes tú y yo nos quedaremos en ayunas, por no hallar castillo en que refugiarnos; que estos son los azares de los caballeros y escuderos, cuando salen á lo que la fortuna les depara. Y pues te recibo definitivamente por mi escudero, te llamaré Tragaldabas, en nuestras pláticas, como algunas veces te dije, no por mofa, sino por aviso de lo que otro tiempo fuiste, para que no des en la tentación de serlo ya jamás. Y ahora ensilla á Babieca y á tu pollina, que por lo que he visto este mi caballo de hoy, más casto que Rocinante, se aviene con tu hacanea sin cortejos ni requiebros; y salgamos de Jaca prontamente, que no hay tiempo que perder en lo que tengo proyectado, para gloria definitiva y eterna de mi nombre.

Atravesaron la calle Mayor, y saliendo por las afueras, acertaron á divisar la ermita alzada á la Virgen de la Victoria, y viéndola Don Quijote y habiéndole dicho Tragaldabas que se la titulaba así, lo tomó á buen augurio, creyendo que ella había de protegerles. Y para que su escudero no lo dudara, contóle cómo, librada Jaca del yugo agareno por el Conde de Aznar, volvieron los sarracenos sobre ella con un grande y poderoso ejército, tal que eran ciento contra cada uno de los del Conde, y cuando éstos se hallaban arrollados y casi deshechos, apareció otro ejército de cristianos en su ayuda; lo que al ser visto por los sarracenos les sobrecogió y quisieron huir; saliéndose los ríos de madre y ahogándolos, y viéndose luego que el ejército de ayuda era formado por las mujeres de Jaca; debiéndose la victoria á ellas y á la Virgen de su devoción, á la que se habían encomendado.

Ahora, dijo D. Quijote, vamos hacia San Juan de la Peña, á que comiences tu penitencia de ayunar; y, á poco de andar por malezas y bosques, vieron en la altura la Torraza, sobre unas rocas, y luego aldeas risueñas y castillos y monasterios derrumbados, todo hablando grandiosamente, á los ojos de D. Quijote, de aquellos gloriosos tiempos en que el Conde Galindo defendía la entrada á la morisma, y le ganaba palmo á palmo el terreno luchando por la patria y por la Cruz. Descendieron al valle y subieron por las rocas, muchas veces echando pie á tierra y llevando las caballerías de reata; atravesaron nogaleras y pinares, y por fin llegaron al célebre monasterio, desierto á la sazón; lleno de matorrales; vacíos sus claustros; pero en torno del cual veía D. Quijote rondar sombras de antiguos caballeros, de monjes y de valerosos campeones; toda una orden de Benedictinos y toda una dinastía de los Berengueres.

Allí pasaron el primer lunes de ayuno de Tragaldabas, vagando á pie por aquellos corredores, asomándose á aquellos lienzos de muros derruidos, viniendo la noche á aumentar el pavor del novel escudero con las negruras que añadió á las proyecciones de grave sombra de aquellos claustros.

El viento frío de la sierra que penetraba por ellos, y el suelo por dura cama y el ayuno obligado, hicieron á Tragaldabas, pensar que no era tan suave el oficio escuderil; sobre todo con antojadizos caballeros como D. Quijote. ¿Qué necesidad había de vagar todo el día entre aquellas ruinas, y luego querer pasar la noche también debajo de aquellas arcadas y junto á aquellos paredones que amagaban desplome; ni recibir el viento de cara en cualquier ángulo que se buscara de aquéllos; ni de estar amenazados de alimañas y de mordeduras de serpientes, que por allí andarían; ni de ver en cada sombra un vestiglo? ¡Cuánto echó de menos su casa, hecha á toda su comodidad con el repartimiento de consumos, y aquel blando lecho suyo, y hasta la última plática con su suegra durante la cena humeante! A aquellas horas se recogía él á descansar de las tareas del Concejo, des-

pidiéndole el Secretario á la puerta. Siempre entraba después de haber hecho algún beneficio; librado algún quinto, por ejemplo, por menos de cien duros; y con la satisfacción del bien realizado y el dinero en el bolsillo, dejaba la vara de autoridad detrás de la puerta, y sentábase con su mujer y su madre política, á la limpia mesa cubierta de blancos manteles. La sopa de almendra, el conejo en adobo, la ensalada y la taza de leche, confortaban su estómago; y luego, cuando no había ronda, por estar bien apagados todos los faroles del pueblo, á la cama con la costilla, bajo tres mantas de Palencia que daban suave calor. ¡Maldita ambición de una corona y un reino, que le había hecho cambiar todo aquello por las malezas, el suelo duro y el dormir al raso, en las ruinas de aquel monasterio! ¡Menos mal si esas fatigas ú otras semejantes eran por pocos días, como las de Juan Panza, y luego podía con su mujer subir á un trono y llamar á su suegra Reina madre!

Barajando estos pensamientos, durmióse al fin Tragaldabas, envuelto en la manta con que enalbardaba á su pollina, que ya estaba desaliñada á la sazón; y D. Quijote, dando largos paseos por aquellos corredores obscuros, comenzó á su vez á pensar en Dulcinea y en lo muy olvidadizo que era con ella; pues le tenía prometido, luego de dejar á Panza en su Andorrano Imperio, ir á la Patagonia á ayudarla para matar al osado Rey de aquel país, que había querido ultrajarla. ¡Oh, mi Señora! murmuraba, suspirando en la noche y la soledad; perdona á éste tu cautivo caballero el olvido que tuvo; pero aquella batalla con el oso de D. Favila y este encuentro de Tragaldabas han sido la causa de que no esté ya en ese enemigo reino, rematando al último patagón.

Allá, á más de media noche, un rayo de amarilla y escasa luna dió en uno de los paredones del monasterio, y D. Quijote creyó ver en él á Dulcinea, en cabellos, que los tenía muy hermosos, y vestida de blanco; por lo que rendidamente le ofreció de nuevo sus excusas, y creyó oir que ella le decía: Basta de protestas, mi

gentil caballero, bien hicísteis en no abandonar esas empresas; que la de Patagonia ya la tengo yo acabada. No quedó con cabeza ni uno solo de aquel Estado, y ya impuesto tan merecido castigo, dejo anexionado aquel reino al Toboso, y héme de vuelta junto á vos, para cumpliros mi palabra, si algún maleficio de encantador no nos separa de nuevo. Allá nos reuniremos en el castillo de Loarre, magnífica mansión donde celebraremos nuestras bodas. Sus techos son de sándalo, sus paredes de jaspe, sus puertas de marfil y sus barandajes de plata. Allí acudirán los reyes y emperadores de las cuatro partes del mundo, y en la capilla de ese castillo, que es toda de oro puro, tendrán lugar nuestros desposorios.

El viento había cesado y la luna traspuesto, y el caballero no vió ni oyó más; pero quedó esperando la aurora, que nunca tardó tanto en llegar para él; y, apenas clareó el día, despertó á Tragaldabas, que roncaba, y le dijo: ¡Pronto y en marcha: vamos hacia el castillo de Loarre, que allí me aguarda Dulcinea! A lo que el escudero, desperezándose, creyó buenamente que aquel otro sería castillo habitado, y que tendrían tregua sus malas noches.

El sol naciente, dorando las gigantescas ruinas de San Juan de la Peña y despertando las agrestes cumbres en que se halla, reanimó también á los dos aventureros, aunque mejor lo hubiera hecho algún caliente desayuno, de que se vieron privados. Con los estómagos vacíos, pero en la esperanza Tragaldabas de muy suculenta mesa, montaron en sendas caballerías, tomando el camino de bajada hacia el Sur, más por instinto y azar que por conocimiento de aquellos parajes; y allá, á la mitad del día, vieron descollar los Mallos ó Riglos, colosos de piedra que se cree serían monumentos de los celtas, pero que á D. Quijote le parecieron gigantes.

Ya tenemos á nuestro alcance el nuevo reino que buscamos, dijo á Tragaldabas: porque esos tres que allí ves son gigantazos de veras, y el mayor debe ser un poderoso rey de una grande ínsula, y los otros dos sus más esforzados ca-

pitanes; así que, en venciéndoles juntos, hemos ganado esa ínsula sin dificultad, y puedes ir de mi parte á tomar posesión de ella.

Usía está equivocado, respondió Tragaldabas; mire que digo que mire bien lo que hace, que esos son tres túmulos de piedra, ó cosa parecida, y no gigantes ningunos; y vamos acercándonos y se desengañará de su ilusión y hallará que por ahí no nos puede caer reino alguno.

¿Vas tú á decirme, respondió D. Quijote, lo que son ó no son esos colosos? Novato eres, pues es la primera aventura en que te hallas. Yo me sé bien que son gigantes, y no me repliques; que tú entenderás de apagar faroles y sisar al común sus gabelas; pero no de achaques de andante caballería.

Loco está este hombre de remate, pensó Tragaldabas al verle ir denodado con la lanza en el ristre y á galope de Babieca, contra los tres Mallos. ¿Qué he hecho yo, cuerpo de mí, confiando en su poder, para que me dé un reino; cuando si todo es como esto, debe ser pura fantasía? ¡Haber renunciado á mis ahorros de la Alcaldía, por la promesa de un demente! ¡Ya sospechaba yo anoche, cuando nos alojamos en ese inhospitalario monasterio, que este caballero no estaba en su cabal razón!

Cuando aquí llegaba de sus silenciosas quejas Tragaldabas, vió el choque de D. Quijote con el primero de los gigantes, y vió caer al caballo de bruces y al caballero por las orejas; dándose tan fuerte golpe contra las piedras, que se quedó sin sentido, si es que por ventura podía llamarse sentido al que llevaba, en su ciego acometer.

Acudió al pronto, como buen escudero, y rociando con agua fresca la cara de D. Quijote, que estaba demudada y lívida, le volvió al sér, y luego ayudó á levantarse á Babieca; y allí los tres, ó sea, Babieca en pie cojeando de una pata, D. Quijote vuelto en sí pero sentado en tierra cerca del Mallo, y Tragaldabas á su lado, catándole las feridas como un buen algebrista, volvió éste á insistir en que no había habido tales gigantes, sino aquellos pedruscos, y D. Quijote á porfiar que fueron gigantes y que

uno debió ser el encantador Arcaláus, que al verle llegar y conociendo que no podía resistir su ímpetu, permaneciendo de carne y hueso, había usado de sortilegio para convertirse él, con sus acompañantes, en piedras; á lo que Babieca parecía asentir, al andar cojeando, pues hacía signos afirmativos de cabeza.

Calló Tragaldabas, volviendo á sus meditaciones sobre el mal negocio que había hecho dejando lo cierto por lo dudoso; pero resuelto á ver en qué paraban aquellas fantasías de D. Quijote; pues sin duda que con Juan Panza tuvo las mismas y al fin, á fuerza de hacer locuras, había pescado para él una corona. Así como así, pensaba el nuevo escudero, todos los que han ganado reinos han tenido grandes ilusiones y hecho temeridades, que de verdaderas locuras podían calificarse, como aquel Napoleón I, cuyas hazañas él había leído, desembarcando con un puñado de hombres en la Francia que tenía perdida y recobró; y aquel Hernán Cortés, al quemar sus naves y quedarse solo con escasas gentes de armas en un Imperio salvaje y enemigo. La verdad es, decía para sus adentros, que de los cobardes no se ha escrito nada, y que esas personas muy sesudas que todo lo consideran no han pasado de vulgares medianías.

Ensilló, pues, de nuevo á Babieca, que se había quedado en su desnudez natural por habérsele roto la cincha; compuso ésta como pudo, y ya repuesto D. Quijote, dejaron los Mallos y siguieron adelante, y después de dos penosas jornadas, en que agotaron las provisiones de las alforjas, llegaron á divisar la villa de Loarre, y sobre su montaña vecina, el castillo que deseaban.

Ese debe ser, dijo D. Quijote, y ahora puedes ver en él el término de nuestras fatigas. En sus cómodos salones nos esperan Príncipes y caballeros; en una de sus olorosas estancias, Dulcinea asistida de sus doncellas, se prepara para la fiesta nupcial. Mira desde aquí los cubos de esas torres que sobresalen, dos á vanguardia y dos á retaguardia, como si fueran en el mismo orden de un ejército. Mira el poderoso centro con su torre del homenaje, y allá

su picudo polvorín; todo bien artillado, aspillerado y coronado de mosquetería. Repara, en fin, en lo más defendido de esa mansión, aquellas puertas de cedro, aquellas paredes de jaspe, aquellas rejas de plata, que serán del dormitorio de Dulcinea, y aquellas cúpulas de oro que la cobijan. Y Tragaldabas que no veía sino almenas aportilladas, torreones á medio caer, lienzos de murallas confundidos en la vertiente de la montaña con los cantos rodados, y en medio un macizo de negruzcas fortalezas que parecían tan desiertas y arruinadas como San Juan de la Peña, se llamó definitivamente á engaño sobre la sanidad de juicio de D. Quijote, y volvió al tema de sus íntimas lamentaciones.

Vamos allá, dijo el caballero, y no paremos en esa villa, que dá nombre al castillo, y allá se encaminaron, dejando nuevamente posada, cama y cena, por escombros, duro suelo y nueva noche de frío y de hambre.

CAPITULO V

De la estancia de D. Quijote y su escudero en el Castillo de Loarre, y del extraordinario encantamiento de Dulcinea.

Llegaron al castillo, cuando el sol se ponía dorándole con sus últimos rayos; el cual castillo sobresalía entre el fantástico incendio de las nubes de Occidente, aumentando la ilusión de D. Quijote, que le creyó de pórfido con vistosas cúpulas. ¡Ah del castillo! gritó, no viendo que enano ni centinela le anunciaran; pero solamente lejano, repitiéndose de roca en roca, respondió el eco.

Echaron pie á tierra caballero y escudero, dejando cerca de los dos avanzados torreones, que se hallaban medio caídos, sus palafrenes, para que pacieran la yerba; y pasando la puerta principal, subieron el primer tramo de la amplia escalera, hallando á la derecha una iglesia, que D. Quijote pensó sería la destinada á la nupcial ceremonia. Mas como no viera en ella ni santos, ni ornamentos, ni lámparas, ni fieles, se le acongojó el corazón, sospechando algún maleficio.

Salieron de ella é internáronse en un dédalo de ruinosas torres, pasadizos aspillerados, patios desiertos, inmensos salones, algunos bajo bóvedas temerosas, plataformas y barbacanas, desde las que se podía seguir al sol mucho más allá del punto por donde se creía puesto, y abarcar panoramas magníficos; pero todos aquellos lugares se hallaban en silencio imponente, vestidos de musgos y malezas, festoneados de yedras, y rodeados de melancólica quietud.

Todo lo recorrieron en la hora de luz que les quedaba, y al hallar D. Quijote el castillo vacío, las torres medio derruidas, las puertas de cedro desaparecidas y las rejas de plata arrancadas, y sobre todo, al no ver servidumbre, ni convidados, ni damas, ni Dulcinea, no pudo menos de volverse á Tragaldabas y decirle con tristísimo acento:

¿Ves qué desafortunados somos á las veces los caballeros andantes, cuando de nuestro bien y nuestra ventura se trata? Este castillo tan animado há poco, lleno de convidados y de alegría, soberbio y bien aderezado, con Dulcinea que me esperaba en él como te dije, por rencor de aquellos tres gigantes encantadores con que hemos topado y que creiste promontorios de piedras, háse trocado como ellos en piedras áridas, y desmanteladas torres, y lo peor es que no sé qué habrá sido de Dulcinea en esta repentina mutación.

Veo, dijo Tragaldabas, que si Usía es el más desventurado caballero del mundo, yo soy el más estúpido hombre: porque ¿qué necesidad tenía mi persona de sufrir los rigores de estas mutaciones y de tres días que llevamos casi sin comer, ni de haber renunciado á mi casa y hacienda, por un reino que cada vez está más lejano que la luna?

¡Ah, flaco de espíritu!, exclamó D. Quijote; ¡cuán pronto te acobardan las contrariedades! ¿Y eras tú el que te me brindaste como más animoso que Juan Panza, más acostumbrado á la obediencia, y más fuerte en el infortunio? ¿Y aún echas de menos, como tiempos felices, aquellos en que merodeabas por el común de vecinos de Argamasilla?

Pongámonos en razón, mi Señor y dueño, respondió Tragaldabas, y diga Usía si no es vida perra esta que llevamos, desde nuestro encuentro, y si no se nos desvanece cada vez más la esperanza de mejoría. Yo he perdido una arroba de peso desde que le conocí; mi borrica está desmejorada también, y en cuanto á Babieca, no sé cómo puede tenerse en pie, cuando sus costillas y huesos acusan que no ha probado la cebada lo menos en un quinquenio. ¿Es mucho que yo eche de menos mi casa, entre estos lienzos de muralla sin abrigo, y mi hacienda en esta pobreza y desamparo?

Puedes lamentar lo que te venga en gana, dijo malhumorado D. Quijote. Ningún contrato te liga á mí, y si te place coje tu pollina y déjame. El escudero de caballero andante ha de ser sufrido y callado; no pensar en los malos

tiempos, sino en los mejores que pueden venir, y sobre todo no echar en cara á su señor sus desdichas, que él quisiera no fueran sino bienandanzas.

Ninguna obligación tenemos de pagar mesadas á los que nos sirven; pues lo han de hacer con gusto y sin otro lucro que lo que del botín de las batallas y conquistas se les diese; pero si quieres renunciar á esto y al reino que deseas, aún pudiera pagarte tu ruín trabajo de estos días, con mayor esplendidez que un monarca: porque has de saber que Dulcinea, previsora del caso, ha debido dejarme aquí algún oculto tesoro, para pagar y despedir á escuderos mal avenidos.

Vaciló Tragaldabas, viendo la firmeza y seguridad de D. Quijote, y le respondió que nó; que él no se ausentaba, ni tomaría mesada ninguna: sino aquel reino que buscaban; pero que le rogaba abreviase la busca y captura de esa corona, pues entre monasterios sin monjes y castillos sin castellanos, podían pasarse la vida, y más allí en Aragón, en que tanto abundaban.

Hay que apresurarse despacio, replicó D. Quijote; que no el anhelo de inmediata recompensa, ni el perseguirla impacientemente, traen más pronto su logro. Caballeros hubo que pasaron mil fatigas, antes de llegar al término de sus afanes. Yo mismo, ya me ves cuántas vengo sufriendo, desde que dejé en tiempos del Rey Don Felipe II mi campo y hogar, para entrar en la orden de la caballería andante; y eso que en esta segunda etapa me sopla la fortuna y voy viento en popa en todas mis empresas. Sin embargo, mira la contrariedad en que me hallo ahora, que pensaba encontrar á Dulcinea ataviada para la ceremonia nupcial y el tálamo en este castillo, según me ofreció no há mucho.

Pero ¿cómo puede pensar Usía que estas desmanteladas fortalezas fueran há poco castillo habitado y resplandeciente; que esa capilla en ruinas estuviera aderezada y en pie para la boda, y que mi señora Dulcinea se hallase aquí con toda la comitiva de convidados, cuando el polvo de los siglos lo cubre todo y las ortigas y jaramagos pregonan su estrago?

Puedo y aun debo creerlo, dijo D. Quijote; porque Dulcinea no puede mentirme y ella me avisó, y porque no es maravilla una mudanza semejante, cuando un encantador que nos tiene ojeriza se lo propone: que en sus artes y sortilegios, como en los del sabio Esquife, caben las cosas más estupendas é inverosímiles; y cuando, no con uno, sino con tres encantadores hemos topado, que se han hecho piedra viva en un santiamén, para embotar la punta de mi lanza, bien puedo sospechar que ellos, en un abrir y cerrar de ojos han llevado á cabo esta otra mutación para vengarse; y, ¡vive Dios! que no lo siento por el castillo y por el albergue de que nos privan; sino por Dulcinea, que acaso habrá quedado encantada entre estas ruinas, trocada en pájaro azul ó en fuente sollozante.

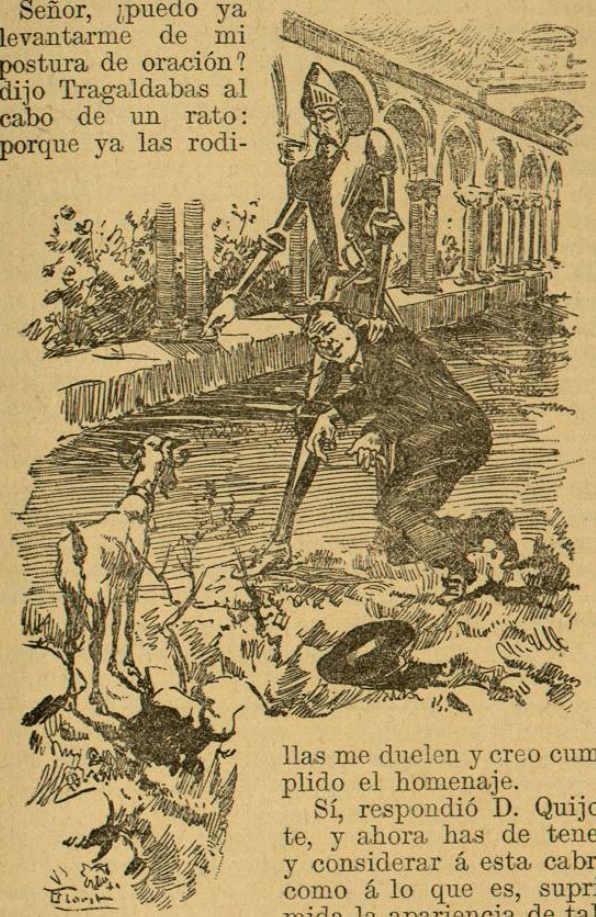
A esto oyeron entre las malezas cierto ruido, lo que les atrajo hacia la parte de que salía, que era una de las plazas de armas del piso bajo en que andaban, y fué grande la sorpresa del caballero y escudero cuando vieron saltar de las quebradas cubiertas de matorrales que allí había, una cabra blanca de largos y retorcidos cuernos, que en vez de escapar y huir fué hacia D. Quijote, y se le acercó sumisa y tímidamente, lanzando un tierno balido.

¡Hinca en tierra la rodilla! dijo el caballero á Tragaldabas; que ésta que ves es mi reina y Señora Dulcinea del Toboso. ¡Bien decía yo que estaría encantada por estos lugares, y que no podía faltar á la cita que me dió! Y el caballero obligó á su servidor á doblar la rodilla ante la blanca cabra aparecida, mientras él de hinojos también le decía:

Ya os reconozco, soberana Señora de mi albedrío: ya veo que habéis esperado á vuestro rendido caballero en el castillo que dijísteis; esos son vuestros ojos dulces y serenos: todas las artes diabólicas del encantamiento no han podido privarles de su hermosura, ni á vuestra piel de su blancura de armiño. Venid á mí, que yo desharé al cabo el maleficio que os trueca en una bestiezuela, siquiera sea cándida, dulce y bella como vos.

Y la cabra, como si realmente fuese Dulcinea y entendiera el enamorado discurso, se acercó más al caballero, hasta dejarse cojer de él mansamente.

Señor, ¿puedo ya levantarme de mi postura de oración? dijo Tragaldabas al cabo de un rato: porque ya las rodillas me duelen y creo cumplido el homenaje.



Sí, respondió D. Quijote, y ahora has de tener y considerar á esta cabra como á lo que es, suprimida la apariencia de tal; como á tu reina y mi prometida Dulcinea. De modo que la llevaremos con nosotros, guardándole el mayor respeto, y cuidaremos de ella hasta que yo encuentre modo de destruir su encantamiento. Tú le servirás la comida en finos manteles; tú harás los oficios de paje de esta noble dama; y empieza cogiendo para su ali-

mento las más suaves y olorosas yerbas de estos prados.

Obedeció Tragaldabas y trajo al punto un haz de yerbas de las más tiernas que halló á mano; mas como no había manteles en que servirlas, las puso en el suelo cerca de su encantada Señora, y fué de ver á Dulcinea, cómo se dedicó á rumiar con gran apetito aquellos verdes tallos de largos céspedes y de otras silvestres matas.

¿Le parece á Usía, preguntó Tragaldabas, que ate un cordel al cuello de mi Señora Dulcinea, para poder conducirla mejor con nosotros? Y D. Quijote, que iba á negarse á semejante desacato, reflexionando que, salvos los respetos debidos á su dama, tenía que tratársela como á cabra en todo lo demás, otorgó, con harto dolor de su ánima, el permiso reclamado, para que su escudero echara un cordel al cuello de Dulcinea.

Asegurada así, observó Tragaldabas que aquella era una cabra recién parida, y que de sus infladas ubres podrían obtener rico alimento para sus estómagos; pero no sabía cómo abordar con su amo tan escabroso asunto, estando éste en la creencia de que aquella era su prometida Dulcinea del Toboso.

Después de dar á su magín muchas vueltas, se atrevió á explorar el ánimo de D. Quijote, con algunas preguntas; y la primera fué si en las mutaciones que los encantadores hacen de las cosas humanas cabía que una doncella, por arte de encantamiento, se trocara en madre de buena y robusta prole.

No tal, respondió D. Quijote; que á tanto no llega el poder de los magos y nigromantes. Pueden éstos convertir á una doncella en roca, pero no en hembra casada y con hijos; que la doncellez no es sólo prenda corpórea, sino espiritual, y no alcanza la influencia de los maleficios al ánima inmortal y á las virtudes que la adornan. Así que, podrán éstas quedar escondidas en una piedra, fuente, ó cosa semejante en que el encantador convierta el cuerpo de una doncella; pero siempre estarán vivas y perennes las singulares prendas de la virtud, para volver á su primitivo estado, y no se avendrían con ello otros estados diferentes, el de maternidad, por ejemplo, en una doncella de veras.

Entonces, dijo Tragaldabas, esta cabra no es Dulcinea: porque no tiene Usía más que reparar en ella y ver que há poco ha sido madre, y que no conserva la doncellez de mi reina y Señora.

Palideció D. Quijote densamente, y viendo que era verdad lo que decía Tragaldabas, quedó sumido en un Ponto Euxino de confusiones. De una parte, no podía dudar que aquella cabra fuese Dulcinea; pues lo pregonaban aquella cita á que acudía, aquellos dulces ojos que le miraban y aquella mansedumbre con que se le acercó, como queriendo revelarle el secreto de su transformación; pero de otro lado, aquellos ubérrimos signos de reciente alumbramiento contradecían la creencia y la fé del caballero sobre los límites del maleficio.

Pensar en la infidelidad de Dulcinea era cosa imposible, y cosa abominable admitir que, trocada como debía en cabra doncella, hubiese sido requebrada después de algún chivo, ignorante de habérselas con la Emperatriz de la Mancha.

Pero, como en el breve espacio de un día en que se operó el encantamiento, no era posible que hubiese concebido y alumbrado Dulcinea, ni era admisible que el trueque de forma se hubiera hecho fuera de los límites del poder de los encantadores, pensó D. Quijote mejor que eso de la ubérrima maternidad era meramente apariencia del encantamiento mismo, para más mortificarle y aturdirle.

¡Ah! Bartola amigo, dijo, encontrada la solución del intrincado problema; no dudes que esta es Dulcinea en persona, tan doncella y pura como la hubo su madre, y no prestes fé al testimonio de tus ojos que te la hacen ver de otro modo. Para conseguir mejor su intento, mudaron aquellos encantadores en cabra á la dama de mi albedrío; pero luego le dieron una ilusoria apariencia de maternidad, que en sí no tiene. Todo es engaño de ellos y visión errada de nues-

tros ojos, y no hablemos de ello más; que sólo la duda me encoleriza y ofende!

Tragaldabas calló y tragóse, ó por mejor decir, fingió tragarse ésta que parecíale la mayor aldaba que podía pasar por su gaznate, á pesar de tenerlo amplio y bien acondicionado; pero no dejó de meditar cómo haría para aprovecharse él solo de aquel engaño de los encantadores, ya que su Señor no creía en cosas tan notorias.

Anocheció y D. Quijote quedó en vela vigilando á Dulcinea, que acostada en un ángulo de aquel castillo, seguía rumiando en sueños las yerbas de la tarde; pero Bartola, que fingía dormir y que estaba con un ojo medio abierto, maldecía la vigilia de su amo y acechaba la ocasión en que el cansancio le rindiera, para utilizarse de la imaginaria maternidad de aquella bestiezuela baladora.

Tarde fué, mas al cabo la flaqueza de la carne se sobrepuso al vigilante espíritu del caballero, y quedó éste vencido por Morfeo, que le dejó caer las compuertas de los ojos; y entonces Tragaldabas, arrastrándose con sigilo hasta el lugar en que se hallaba Dulcinea, la ordeñó repetidamente, echando en una escudilla el delicioso néctar de sus ubres, y sació el hambre de tres días, siendo el primero y único mortal al que fué permitido, por las leyes caprichosas del azar, indemnizarse de los ayunos y dietas de sus correrías, con leche auténtica de la Emperatriz del Toboso.

CAPITULO VI

De la no menos sorprendente aparición de un hijo de Dulcinea, y de las demás cosas que se verán.

Bello fué el amanecer en aquel castillo, que dominaba aún más que San Juan de la Peña admirables panoramas. Tragaldabas con el sustancioso néctar de la cabra dormía aún, y D. Quijote hubo de despertarle diciéndole que debían salir, sacando á Dulcinea de aquellos lugares donde se había operado su encantamiento, para ver si, trasplantada á otros, era más fácil con alguna penitencia como la de los azotes impuesta á Sancho en otra ocasión, deshacer el maleficio y tornarla á su sér natural.

Pronto estoy, dijo Tragaldabas, á eso de mudar de paraje, y creo que será muy favorable para el mal que padece mi Señora; que el mudar de aguas sienta bien á todas las enfermedades, según físicos y doctores: pero, en lo tocante á que le aproveche alguna penitencia parecida á la que Usía impuso á Sancho, niégolo, en razón, no sólo á las que este donosamente daba, sino á la demostración de la misma experiencia de entonces, según la que de nada sirvieron los azotes que se descargó en las nalgas. A más de eso, como toda penitencia cumplida sin gusto y todo sacrificio hecho sin fe son inútiles y baldíos, los míos resultarían estériles; ya que confieso que nunca tuve vocación de fraile disciplinante.

Bien está, respondió D. Quijote, y no repetiremos la suerte; que, en efecto, penitencia hecha sin fé ni voluntad no es provechosa para alcanzar el divino favor; pero creo que bien pudiéramos hacer alguna promesa, por el natural deseo de ver desencantada á Dulcinea: porque en ello, no sólo va mi gozo y anhelo, sino tu provecho mismo; ya que, vuelta á su sér, no puedes tú calcular las cercedes que esta elevada Señora te haría, como suelen y más que suelen ha-